

su Religion para volverle compasivo, virtuoso y feliz, el católico halla en su Catecismo consignadas una por una las principales obras de misericordia que la misma Religion le hace recitar y encomendar á la memoria desde la niñez, para que las practique desde la adolescencia, y para estimularle á ello le ofrece un premio tan grandioso como eterno.

Esta Religion sabe que el hombre es un compuesto de cuerpo y de espíritu; esta Religion sabe que por su primitiva prevaricacion quedó tan lisiado é indigente el uno como el otro, y en su virtud depara al hombre iguales socorros y alivios para ambos; socorros y alivios que circundan y abrazan toda su vida material y espiritual desde la cuna al sepulcro. Por ellos lo tiene todo su cuerpo, desde los paños de sus envueltas hasta el sudario de su mortaja. Por ellos lo tiene todo su espíritu, desde la luz que le ilumina en esta vida hasta la plegaria por su eterno descanso en la otra. De nada se olvida y á todo ocurre el Cristianismo en sus ardorosos deseos de mejorar y de restaurar al hombre: *Instaurare omnia in Christo* (1).

CAPÍTULO V.

OBRAS CORPORALES DE MISERICORDIA.

«Para desentenderse de los pobres y desgraciados, dice Chateaubriand (2), el Paganismo tenia dos medios de que carecen los cristianos, á saber, la esclavitud y el infanticidio.»

El Cristianismo se presentó en el mundo curando enfermedades y dolencias, y consolando aficciones, y harto claramente quiso dar á entender con esto que uno de los fines de su mision era la solicitud y el cuidado por la humanidad doliente y afligida, á la cual dejaba el Paganismo carecer de todo (3). Su divino Fundador no se olvidó al enviar á sus discípulos advertírsele así (4), y Él mismo nos dejó dicho que la definitiva sentencia del hombre será dictada por la práctica ú omision de las obras de misericordia: en el pri-

(1) Ephes. i, 10.

(2) *Genio del Cristianismo*, parte 4, lib. VI, cap. 2.

(3) Juliano, *Epistola LXII á Arsacio*.

(4) Luc. x, 9.

mer caso gloria, en el segundo tormento eterno (1). El Apóstol ordena á su discípulo Timoteo «que no elija entre las viudas las que no se hayan ejercitado en todas las obras de misericordia, y que mande á los ricos que den y repartan frecuentemente (2).»

Atletas y héroes se levantaban donde quiera que iba estableciéndose el Cristianismo, los cuales sacrificaban sus comodidades personales, las fortunas y sus vidas en obsequio de sus semejantes, muriendo alegres en las guerras, en los contagios y en las mazmorras, si habian conseguido con sus heróicos esfuerzos vendar una herida, suministrar una poción, aplicar una medicina, ó ver contentos y libres á aquellos por quienes se ofrecieron á la esclavitud.

Así que llega la época del descanso y la paz para el Cristianismo; luego que la conversion de Constantino (*) le da existencia social, y puede en su virtud explayar libremente su accion, siembra el mundo de todo género de hospicios y hospitales, llamados del idioma griego xenodochia, orphanotrophia, nosocomia, prochorotrophia, gerontocomia, prophotrophia, segun que se destinaban á hospedar viajeros y peregrinos, á educar huérfanos, á curar enfermos, á alimentar pobres, á amparar ancianos, á lactar infantes, etc., establecimientos tan admirados como envidiados del apóstata Juliano, que en vano pretendia que su resucitado Paganismo imitara en ello á los cristianos. Estos establecimientos estaban por lo regular bajo la direccion de los presbíteros, como se refiere de san Isidoro en Alejandria en tiempos del patriarca Teófilo, y de san Zótico y san Sanson en Constantinopla.

Entre los innumerables monasterios y casas de canónigos regulares que en el Occidente principiaron desde el siglo VIII á levantarse, ni uno solo siquiera se edificaba, sin edificar á la vez á su lado cierto número de localidades para ejercer todos los ramos de la caridad y de la beneficencia pública. ¡Y hay quien no perdona en aquellos siglos á la Iglesia unas riquezas que se empleaban en esto!

(1) Matth. xxv, 34 et seq.

(2) I Tim. v, vi.

(*) Puede verse en la vida de Constantino por Eusebio Panfilo, obispo de Cesarea, como este piadoso Emperador alivió y socorrió á toda clase de desgraciados.

Lo que al principio hizo el Cristianismo en todos los países á que alcanzó su influencia benéfica, lo ha hecho en el siglo XVI en el Nuevo Mundo. Allí halló la misma dureza y desapiadacion para con el desgraciado que en el antiguo; pero no tardó mucho en decretar el socorro y el alivio de todo género de miserias é infortunios. ¡Oh! el pobre, el oprimido, el enfermo, el encarcelado, besaron sin duda, si le hubieron á las manos, ese precioso código de los concilios de Méjico y de Lima.

Pasados los siglos bárbaros, y aun en nuestros días á pesar de las inhumanas vociferaciones de la filosofía moderna, ¡qué multitud de Órdenes religiosas, de asociaciones é instituciones piadosas y caritativas, no han pululado doquiera como estudiando á porfía el género de miseria que les parecia no estar suficientemente atendido para consagrarse á aliviarla!

Con el corazon lleno de cristiana indignacion y despecho cualquiera que conozca la compasion y la ternura, no puede menos de considerar unos mónstruos y unos enemigos del género humano en los hombres que osaron oponerse, paralizar y destruir una obra tan grandiosa, y cuesta trabajo creer que haya un solo protestante ó filósofo honrado, instruido y de buena fe, que á vista del destrozo vandálico hecho por la Reforma y el Filosofismo de tantos benéficos y piadosos edificios no se replegue indignado bajo el estandarte de la Iglesia católica, que es el de la civilizacion. ¿Ofendia á estos nuevos bárbaros la vista de una casa porque en ella se habian prestado servicios á la humanidad? ¡Ah! muchos sin embargo habian besado en el delirio de su gratitud aquellas mismas paredes que demolian sus piquetas impías, y aquellas mismas puertas que crujian y caian hechas astillas á los repetidos golpes de sus hachas! ¿Ó les ofendia quizás la vista de aquellas casas porque ellas albergaron á los que dispensaron estos inmensos servicios á la humanidad? Muchos sin embargo besaron sus manos regándolas con lágrimas de gratitud que caian de sus ojos enternecidos; aquellas manos compasivas y benéficas que restañaron y curaron sus heridas, no pudiendo separar de ellos ni su memoria ni su corazon mientras vivieron en el mundo!

Apartemos la imaginacion de escenas horrorosas de des-

truccion y de vandalismo, para fijarla ¡ay! en otras no menos lúgubres, puesto que en cada una de las obras de misericordia que vamos á recorrer tendrémós que lamentar la funesta accion é influencia para la humanidad indigente y afligida de la Reforma y de las sectas impías, ateas é incrédulas, sus hijas. Nos detendrémos muy poco en hacer ver en cada una de ellas que su práctica felicita, consuela y dignifica al hombre, segun el plan que nos hemos propuesto en el exámen de las doctrinas del Cristianismo. Nadie ignora que el hombre que hace algun bien reporta una grata satisfaccion, y que es elevado y enaltecido por su accion virtuosa; y que el hombre que recibe este bien reporta un consuelo, derivándose á uno y á otro mas ó menos dicha. Las inmensas ventajas y resultados sociales de las obras de misericordia son tan claros y evidentes, que tampoco debemos detenernos en ellos. Muchos quedan patentizados en el artículo *Caridad*. Innumerables otros hemos visto y verémos aun provenir directamente de todas las doctrinas del Catecismo católico.

Pasemos á la primera obra de misericordia en el órden de las corporales.

§ I.—PRIMERA: *Visitar á los enfermos* (1).

«Entre los pobres, dice san Gregorio Niseno, no los hay que mas merezcan recibir la asistencia que los enfermos: «sus padecimientos unidos á su aficcion son una doble pobreza.»

¿Cómo cuidaban los gentiles á sus enfermos? Conteste Roma pagana, la sábia, la culta Roma que destinó las islas del Tíber para enviar allá á sus esclavos viejos ó enfermos para que muriesen de hambre. Por lo que dice Eusebio Pánfilo podrémos tambien informarnos. Este historiador griego atestigua (2), que durante la peste que á mediados del siglo III asoló por espacio de diez años el imperio romano, los cristianos cuidaban no solo de sus hermanos sino tambien de los paganos, mientras que estos abandonaban á sus enfermos, á sus mismos padres, huyendo y dejando los cadá-

(1) «Suscipite infirmos.» (I Thes. v).

(2) *Historia eclesiástica*, lib. VII, cap. 22.

veres insepultos. ¿Quién no admira en aquella gran calamidad á un san Cipriano, «ardiendo en *caridad* (1),» recorriendo las plazas públicas de Cartago llamando á voces á los gentiles, que huían aterrados, para ofrecerles y dispensarles por sí, por su clero y por los fieles los mismos cuidados que á estos se prodigaban? ¡Oh asombrosa caridad de los cristianos! Estos mismos gentiles eran para ellos en la actualidad esbirros, verdugos é instrumentos de la cruel persecucion de Decio, que perseveró bajo el reinado de Galo y Volusiano. Los cristianos de Egipto se condujeron con el mismo heroismo, como atestigua san Dionisio, obispo de Alejandría, contemporáneo de san Cipriano (2).

El mismo apóstata Juliano, asombrado, no podia menos de confesar este heroismo de los cristianos y hacerles justicia. ¿No se han reproducido en nuestros días aquellas escenas de ingratitud y cobardía sin mas que mudar el nombre de los actores gentiles en protestantes? Pero no prepostaremos el discurso. ¡Los cristianos católicos siempre los mismos!!!

Si el huérfano ó el ausente de su patria que yacen en el lecho de dolor tienen en medio de sus padecimientos la dicha de hallarse entre verdaderos católicos, echarán seguramente muy poco de menos, por asquerosas y repugnantes que sean sus llagas, ó por contagiosa y fétida que sea su enfermedad, el uno la solicitud maternal, y el otro la asistencia de su querida y lejana familia. ¡Qué sacrificio tan inmenso el de un hijo de san Vicente de Paul, ó el de una Hermana de la Caridad! La misma filosofía incrédula, á pesar de sus entrañas de bronce, *ha llorado al oír la historia* (3) de aquel héroe de la caridad y de la abnegacion. Sí; si es preciso, aquellas heroínas «romperán en el invierno los «hielos de los rios, y se meterán en ellos hasta la cintura para lavar las ropas interiores y las sábanas llenas de inmundicia y podredumbre de sus enfermos (4).» El mismo Voltaire no pudo menos de elogiar á unas jóvenes cuyo sacrificio le parecia el mas grande en la tierra, confesando á

(1) «Charitate inflammatus.» (Pontio).

(2) *Epist. XXII ad Alexandrinos*; Euseb. *Historia eclesiástica*, lib. VII, capítulo 22.

(3) Chateaubriand, *Genio del Cristianismo*, parte 4, lib. VI, cap. 4.

(4) Helyot citado por Chateaubriand, *ibid.*

la vez, «que esto solo lo *hacia la caridad católica*, siendo «para *ello impotente la caridad protestante* (1) (*).»

El Cristianismo introdujo la consoladora costumbre de visitar á los enfermos (2), haciendo de ello uno de los deberes y atenciones del trato social, á la vez que lo proclamó obra meritoria y digna de recompensa. Ya habia invitado á ello por boca del Sábio, como una obra de que no le pesaria al hombre (3). Muy sábio y feliz acuerdo fue el proclamar estas visitas como un deber social: aquí cogió el Cristianismo al hombre por su parte flaca. ¡Cuántos cristianos tibios no irian por temor de contagiarse á consolar al enfermo con sus palabras si pudieran prescindir de la costumbre social como prescinden del deber cristiano! ¡Insensatos! Niegan á la Religion lo que conceden á la urbanidad!

Veamos la asistencia y los cuidados que el Protestantismo presta á sus enfermos.

Á las Hermanas de la Caridad y á la congregacion de los Celitas del Catolicismo, y para probar que tambien la animan sentimientos piadosos y caritativos, ha opuesto la Reforma esas hermanas Bethanias «que pasan todo el dia en el «tocador ó en las salas de visitas, que ni siquiera saben cuántos enfermos hay en el establecimiento, ni qué enfermedad es la dominante en él, ni se llegan jamás á la puerta «de la enfermería (4).»

«Reina una policia muy exacta (decia en una memoria á «su vuelta de Inglaterra un académico francés enviado allá «por el Gobierno para examinar aquellos hospitales), reina «una policia muy exacta en aquellos establecimientos, pero «faltan dos cosas en ellos, nuestros curas y nuestros hospitalarios. ¡Ah! si á fuerza de rigor puede conseguirse la «puntualidad, jamás se conseguirá, sin embargo, la ternura y el amor (5).» «No; donde falte la caridad cristiana podrá haber puntualidad, exactitud, todo lo que se quiera de «parte de los asalariados para servir, si el establecimiento «está sujeto á una buena administracion, pero faltará una

(1) Citado por Gaume, *Catecismo de perseverancia*, tomo 6, y Bergier, *Diccionario*, artículo *Hospitalarios*.

(*) En la citada obrita *El principio de autoridad vindicado*.

(2) «Infirmus et visitastis me.» (Matth. xxv).

(3) Eccli. xii.

(4) Eyzaguirre, *El Catolicismo en presencia de sus disidentes*.

(5) Balmes, *La Sociedad, el Protestantismo comparado, etc.*

«cosa que con nada se suple, que no se paga, el amor (1).»

El sacerdote católico sube hasta el séptimo piso ó se sepulta en los subterráneos para consolar y animar con sus palabras al enfermo que yace sobre un jergon podrido ó un monton de paja que ya es estiércol, mientras que el ministro protestante, cuya importante salud podia ser perjudicada por el aire infestado de aquellos lugares se cree dispensado de asistir á ellos; y si alguna vez se digna ir á sitios menos repugnantes é incómodos, es únicamente para recitar al enfermo algunas oraciones desde la sala vecina. En tiempos calamitosos de contagios y epidemias, los sacerdotes católicos redoblarán su celo y crearán mas necesaria su asistencia, siendo por lo tanto casi siempre de las primeras víctimas; pero el ministro protestante absolverá desde su casa al colérico ó al apestado, enviándole en seguida el viático con el acólito ó con la criada de servicio «que se le administrarán desde la calle con la pala del horno, ó solamente se le mostrarán por la ventana diciéndole que tenga fe (2),» volviéndose con él muy satisfechos del desempeño de su comision.

¿Se quiere mas marcada la diferencia entre el Catolicismo y el Protestantismo con relacion á la abnegacion y al heroismo? Ahí está: Lutero conoció dos épocas de peste: cuando la primera, era católico, y asistió con valor á los contagiados; pero cuando vino la segunda ya habia apostatado, y huyó cobardemente.

Mas los sofistas han eludido muy sencillamente el compromiso de visitar á los enfermos, porque con el pretexto de antiguallas, añejas inspiraciones y restos de la ignorancia y del retraso, han abolido por lo que á su cobardía interesaba esta costumbre social cristiana, introduciendo la moda de enviar al criado ó á la sirvienta á casa del enfermo á informarse de su salud, y á desearle en su nombre el alivio; ni mas ni menos que como en la degenerada Roma lo hacian aquellos senadores y patricios, indignos descendientes de Cincinato, los cuales no añadian sobre nuestros sofistas (¿y quién sabe si alguno de ellos tambien lo hará?) mas que aquellas purificaciones por las cuales tenia que pasar el mensajero del recado antes de ser admitido á dar la contes-

(1) *El Protestantismo*, cap. 33.

(2) El P. Ventura de Ráulica, *Bellezas de la fe*.

tacion á su señor. Por otra parte «los sufrimientos y miserias «del hombre, dicen ellos, son un espectáculo horroroso, y «el presenciarlos es contrario á la bondad divina (1).» Perdonad, filósofos, si por un momento os hemos hecho la injusticia de desconocer la exquisita delicadeza de vuestros sentimientos. ¡Ah! ignorábamos que el no disgustar á Dios es la causa de que no piseis los hospitales, ni las casas de los enfermos, ni los lugares de duelo y aficcion. «Perezca «el género humano con tal que yo sea feliz;» este es el grito de los sofistas, grito que atribuyen, injuriándola, á la naturaleza (2).

§ II.—SEGUNDA: *Dar de comer al hambriento.*

¿En qué parte habia levantado el Gentilismo establecimientos públicos para socorrer á la humanidad indigente? Ni uno solo se veia en toda la extension del imperio romano. ¿Qué mano pagana fue vista jamás partir el pan con el hambriento? ¡Ah! ya dijimos que una crueldad bajo el disfraz de compasion habia decretado que era hasta un delito el hacerlo (3). Platon queria que se arrojase de su república á los pobres como *animales impuros* (4). No faltó un emperador romano, ó mejor dicho, un mónstruo, que cargó de ellos varias naves y los sumergió en alta mar (5). *Nobis graves sunt*, decian refiriéndose á los pobres, palabras que, como observa Mr. Augusto Nicolás (6), lo dicen todo. ¡Y la pobreza, que con tan atroz barbarie era tratada como si fuese un crimen, y por aquellos mismos cuya ignorancia en los principios económico-sociales la producía, lo que era el colmo de la injusticia y de la tiranía, no estaba tampoco al abri-

(1) *Cuadro de los Santos*, citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 3, cap. 10, art. 6.

(2) *Enciclopedia*, artículo *Derecho natural*; *Emilio*, citados por Bergier, *ibid.*, y Feller, *Catecismo Mosóaco*, lib. I, cap. 5.

(3) «Male meretur qui mendico dat quod edat, aut quod bibat; nam et illud quod dat perit, et illi producit vitam sat miseriam.» (Plauto, *Trin.*). Sententia detestanda! exclama indignado Lactancio. (*Divin. instit.* lib. VI, *De vero cultu*, cap. 3).

(4) *De legibus*, dial. 7, 2.

(5) «Atqui homo impius (Galerio) misertus est illis, ut non egerent. «Congregari jussit et exportatos naviculis in mare mergit.» (Lactancio, *De mortibus persecutorum*, cap. 23).

(6) *Estudios Mosóacos sobre el Cristianismo*, pág. 1, lib. I, cap. 6.

go de la mofa y del insulto (1)! ¡Infelices, si no acude en vuestro socorro el Cristianismo!

«Á nosotros, hemos oido ya decir al elocuente Tertuliano «los tiranos de su siglo, á nosotros los cristianos debe el «Estado el que vivan los pobres miserables que sin nuestras «liberalidades cási todos perecerian (2).» Y tambien hemos «oido al apóstata Juliano decir como confundido á los sacer- «dotes del Paganismo restablecido: «Es vergonzoso que los «galileos (3), además de sus pobres, alimenten á los nuestros, «á quienes dejamos que carezcan de todo (4).»

El Cristianismo, que ya habia proclamado á la limosna li- bertadora de la muerte, por boca de Tobías al recomendár- sela á su hijo, y al aconsejarle que comiera el pan con los hambrientos y menesterosos (5), amenazó con la pena mas severa á los que teniendo la sustancia de este mundo cerra- sen sus oidos á los clamores de la indigencia. Allá en el *Eclesiástico* (6), por boca del hijo de Sirac, y mucho antes en el *Éxodo* (7) y en el *Deuteronomio* (8), por la de Moisés y por la de los Profetas (9), habia inculcado á cada paso el so- corro y el alivio de la orfandad y de la pobreza bajo penas terribles á veces, llamando sanguinarios á los duros con el pobre (10). El principal objeto de la institucion que hizo del órden del diaconado, despues del servicio divino, fue el cuida- do de los pobres (11). Los Apóstoles que, conforme al precepto de Jesucristo (12), nada absolutamente llevaban para sí mis- mos, tenian sin embargo sus saquillos, *loculos*, donde de- positaban las limosnas que recogian para socorrer á los po- bres que les presentaban su hambre y su miseria; *loculos* convertidos despues en aquellas arcas de madera llamadas

(1) «Nihil habet infelix paupertas durius in se quam quod ridiculos homines facit.» (Juven. *satyr.* III).

(2) *Apolog.*

(3) Sabido es que así se apellidaba á los cristianos.

(4) «Turpe enim fuerit... impios Galilæos præter suos pauperes, «etiam nostros alere: nostros autem mendicos nostra ope ac subsidio «destitutos videri.» (*Arsacio, sacerdoti Galatiæ*).

(5) Cap. IV.

(6) Cap. IV, XXXV.

(7) Cap. XXII, XXIII.

(8) Cap. XXIV, XXVI.

(9) Isai. LVIII, 7.

(10) Eccli. XXXIV, 25.

(11) Act. VI.

(12) Matth. X.

en hebreo *corbona*, que se veian en las nacientes iglesias, que son los *gazofilacios* griegos y latinos, y los *cepillos* de nuestra lengua vulgar. «No os olvideis de la beneficencia y «de la caridad,» escribia san Pablo á los hebreos (1), encar- gando tambien á los de Galacia y Corinto que hicieran co- lectas todos los domingos para socorrer á los indigentes.

Con el transcurso del tiempo varió la Iglesia su sistema de alimentacion y socorro de los pobres. En los primeros siglos los alimentaba repartiéndoles por el ministerio de las dia- conisas parte de aquellos diezmos y primicias *mandados por Dios*, y todos aquellos donativos voluntarios que sabemos por el ignorado aunque verídico autor de las *Constituciones apostólicas* (2), hacian los fieles; aquellas limosnas que des- pués de la celebracion de los sagrados misterios nos dice san Justino (3), acostumbraban dar los de Oriente en los do- mingos, segun su celo y facultades, práctica que se obser- vaba aun en tiempo de san Jerónimo; y la colecta volunta- ria que en Occidente tambien atestigua Tertuliano (4), *se hacia mensualmente*, ó cuando se queria y podia (5) (*). Se destinaba asimismo para ellos una buena parte de las obla- ciones sobrantes del pan y del vino que llevaban los fieles á la iglesia para el sacrificio, preparándoles además un asien- to en aquellas comidas en comun llamadas en griego *aga- pes*, esto es, comida de caridad, cuya santa armonía nos

(1) «Beneficentiæ et charitatis nolite oblivisci.» (*Hebr.* XIII, 16).

(2) «Decimas et primitias quæ juxta Dei mandatum erogantur, consu- mat (Episcopus) ut hominem Dei decet; quæ causa pauperum sponte «conferuntur, recte in pupillos, viduas, afflictos, et peregrinos inopes «dispenset, velut qui habeat horum impendiorum ratiocinatore Deum «à quo ipsi hæc procuratio est commisa.» (*Lib. II, cap. 25*).

(3) «Ac solis, ut dicitur, die, omnium sive urbes sive agros incolentium «in eundem locum fit conventus, et commentaria Apostolorum aut «scripta Prophetarum leguntur... Qui abundant et volunt, suo arbitrio, «quod quisque vult, largiuntur, et quod colligitur, apud eum qui præ- «est, deponitur, ac ipse subvenit pupillis et viduis, et iis qui vel ob «morbum, vel ob aliam causam egent, tunc etiam iis qui in vinculis sunt «et advenientibus peregre hospitibus; uno verbo, omnium indigentium «curam suscipit.» (*Apolog. I, num. 67*).

(4) *Apolog.* cap. 39.

(5) «Menstrua die vel cum velit, vel si modo possit.» (*Ibid.*).

(*) San Cipriano sin embargo en el libro *De opere et eleemosynis*, capí- tulo 15, recordándoles el hecho de la pobre viuda del Evangelio, *Luc. XXI*, increpa á los ricos que asistian al sacrificio sin depositar alguna li- mosna en la corbona. «Locuples et dives es, et Dominicum celebrare te «credis qui *corbonam* omnino non respicis, qui in Dominicum sine sa- «crificio (*afrendas*) venis, quæ partem de sacrificio quod pauper ob- «tulit sumis?»